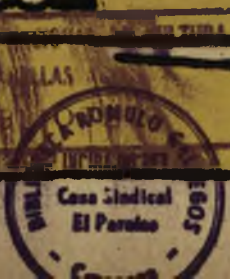


ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



FECHAS HISTORICAS

EL 5 DE JULIO DE 1811



El 2 de marzo de 1811 instalóse el primer Congreso de Venezuela; con representación de todas las provincias, a excepción de Maracalbo y Guayana, que estaban bajo el dominio español.



El aniversario del 19 de abril fué celebrado por los miembros de la Sociedad Patriótica con una sesión extraordinaria, en la que, Coto Paúl, en un vibrante discurso, pidió a gritos la Independencia.



Desarrollábase acaloradamente, en el Congreso, el debate sobre la emancipación; cuando los miembros de la Sociedad Patriótica invadieron la sala, gritando enardecidos: "¡Queremos ser libres!". "¡Abajo los godos!". "¡No más tronos!".



Después de dos días de prolongadas discusiones y estando la mayoría de los representantes por la autonomía, el 5 de julio de 1811, el Congreso declaró solemnemente la Independencia de Venezuela.

ONZA, TIGRE Y LEON

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA
Y BELLAS ARTES
BIBLIOTECA

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

Nº 31

CARACAS, ENERO DE 1942

Año 4

S U M A R I O

AMENIDADES GEOGRAFICAS

LOS PARAMOS 2

TEATRO INFANTIL

LA CABEZA ALQUILADA 4

GUSANOS UTILES

LA LOMBRIZ DE TIERRA 6

CUENTOS POPULARES VENEZOLANOS

LA APUESTA DE TIO CONEJO 8

TIPOS VENEZOLANOS

EL LLANERO 10

LOS NIÑOS COLABORAN 15

LA CABEZA ALQUILADA



PERSONAJES

Federico.
Carlos.
Edmundo.

DECORACION: Un despacho. Puertas laterales.

Federico.—(Apareciendo por derecha). Molesto?

Carlos.—(Que escribía). Adelante! Adelante!

Federico.—Qué escribes?

Carlos.—La factura semanal para Edmundo, por el alquiler de una cabeza.

Federico.—Qué dices? Por el alquiler de qué?

Carlos.—Ah!, pero no sabes que ahora alquilo cabezas?

Federico.—Vamos, déjate de bromas!

Carlos.—Escucha: como Edmundo tiene la manía, porque es una verdadera manía, de hacer apuestas, me propuse curarlo de una vez, cobrándole una especie de alquiler por el uso de su propia cabeza.



Federico.—Perdóname, pero no te entiendo...

Carlos.—Empecemos por el principio. Siéntate, hazme el favor.

Federico.—Tan larga es la historia?

Carlos.—No, hombre; es que quiero que estés cómodo para que te rías a gusto. En fin... vamos al grano. Hace un mes —se cumple hoy precisamente— Edmundo y yo tuvimos una acalorada discusión, y él, no sabiendo ya qué decirme, salió con su consabido: "Te apuesto la cabeza"! Yo hubiera podido responderle como otras veces: Apuesta algo que valga la pena! No es ganancia quedarse con una cabeza como la tuya! Claro, tú apuestas la cabeza, porque... para lo que te sirve! etc., pero decidí curarlo, y le acepté su disparatada apuesta. Y se la ganó! He ahí explicado cómo, desde hace un mes, soy el legítimo propietario de la cabeza de Edmundo.

Federico.—Eso sí que no me lo hubiera imaginado nunca.

Carlos.—Sin embargo, sólo te he dicho la pura verdad. Edmundo, como hombre honrado que es, quiso entregármela inmediatamente, pero, para qué iba a aceptársela? No la iba a guisar! Ni a exponerla en una vitrina! Ni a tirarla! Entonces, resolví permitirle que siguiera utilizándola, mediante el pago, eso sí, de una cuota semanal que convinimos y que él me satisface puntualmente. Ahora ha de venir a pagármela. Hoy empieza la quinta semana; y me abona el alquiler por adelantado.

Federico.—Te confieso que no salgo de mi asombro.

Carlos.—En cambio, Edmundo cumple su compromiso como la cosa más natural.

Federico.—Y cuánto le cobras?

Carlos.—(Entregándole la factura). Lee.

Federico.—(Leyendo). Don Edmundo Valenzuela debe al señor Carlos Márquez, por una semana de servicios de un par de ojos: diez bolívares; de una boca: veinticinco bolívares; de dos oídos: quince bolívares; de una cabellera: cinco bolívares; y un cerebro: cero bolívares. (Hablando). Cómo? Nada por el cerebro?

Carlos.—Y le sale caro...

Federico.—(Leyendo). Total: cincuenta y cinco bolívares. (Hablando). Jamás he visto nada tan extraordinario. Y crees que seguirá abonándote el alquiler toda su vida?

(Pasa a la Pág. 16)

LA LOMBRIZ DE TIERRA



Cerca de nosotros, en la tierra húmeda, se encuentra un animal muy útil, de cuerpo largo, cilíndrico y anillado, que se distingue fácilmente por su forma especial y por las huellas que deja: es la *lombriz de tierra*, animal perteneciente al grupo de los gusanos.

Durante el día, y debido al fuerte calor solar, que secando su piel le produce la muerte, permanece la lombriz refugiada en sus galerías. Sólo en los días muy nublados o después de una abundante lluvia se les puede ver fuera de sus escondrijos. En cambio, durante la noche, es fácil contemplarlos arrastrándose por la superficie del terreno.

Su locomoción es facilitada por las diminutas cerdas que en número de cuatro pares existen en cada anillo y por la presencia de poderosos músculos *cutáneos* que les permiten contraerse. Cuando caminan estiran y adelgazan la parte anterior del cuerpo y acortan y ensanchan la posterior.

Perforan la tierra de dos modos distintos: bien introduciéndose poco a poco en la tierra suelta, actuando a modo de cuña, o abriendo galerías en la tierra dura comiéndosela a medida que avanzan. La tierra comida después de recorrer su cuerpo se deposita en montoncitos característicos.

Esta tierra está mezclada generalmente con restos vegetales y sustancias animales, que constituyen la base principal de la alimentación de la lombriz. Así se origina la tierra laborable más fértil que se conoce: el *humus o mantillo*.

Cuando el gusano tiene abiertas las galerías de su casa, que a veces profundizan un metro o más, busca para su sustento hojas caídas, animales muertos, etc., pero nunca destruye, como aseguran algunas personas, las raíces de las plantas ya que carece de órganos apropiados para atacar substancias tan resistentes.

Se reproduce por *división accidental* o por medio de *huevos*, envueltos en una membrana o substancia mucosa. Cuando están casi desarrolladas presentan el aspecto de una bola de vidrio, de color rosado con estrías nacaradas. Son fáciles de encontrar en las tierras negras y de relativa humedad.

El cuerpo de la lombriz de tierra, cilíndrico, estrecho y alargado, facilita su penetración en el suelo. Es de color cárneo, está siempre embadurnado de una substancia pegajosa, que contribuye a mantener su piel húmeda y flexible, y está integrado por anillos o segmentos bien diferenciados, cada uno de los cuales presenta los mismos órganos, dispuestos de idéntica manera, como individuos completos; por lo que al dividir una lombriz cada parte sigue viviendo como un organismo independiente. Sólo los anillos extremos sufren modificaciones especiales, el anterior se convierte en cabeza y contiene la boca y los sentidos principales.

Como la boca carece de dientes, las materias de que se alimenta deben estar en período de descomposición.



La respiración de la lombriz de tierra se efectúa a través de la piel, que por eso está siempre, como ya hemos dicho, húmeda y flexible. En los lugares calurosos se reseca, y como el animal no puede respirar, muere rápidamente.

Carece de ojos; no obstante es muy sensible a las impresiones de la luz. Sus sentidos más desarrollados son: el del tacto, que radica en toda la piel y el del olfato, gracias al cual puede encontrar en sus excursiones subterráneas las materias podridas de que se alimenta.

De sus numerosos enemigos los más constantes y encarnizados son las aves. El hombre ignorante la persigue injustamente sin darse cuenta de los beneficios que le proporciona al perforar la tierra, facilitando la *aereación*, la filtración del agua y la transformación de

(Pasa a la Pág. 13)

LA APUESTA DE TIO CONEJO

El Zorro y el Conejo eran en cierto modo amigos. Estando sentados en la puerta de la casita del Conejo charlaban entre sí: "mira, —dijo el Conejo, señalando el camino— ahí viene el viejo Oso. Es monstruoso; estoy seguro de que es mucho más fuerte que tú, amigo Zorro".

—Claro que sí —contestó el aludido— es mucho más fuerte que cualquiera de nosotros, incluso, aventaja al Tigre.

—Estás equivocado —contestó el Conejo— el Tigre es más vigoroso que el Oso, no tienes idea de cuánta es su fuerza.

—Pues mira, también se acerca el Tigre —observó el Zorro— ve a preguntarle si quiere luchar a la cuerda con el Oso, y así veremos cuál de los dos tiene más fuerza.

El Conejo se metió en su casa y sacó una fuerte cuerda. —¡Eh!, gritó al Tigre y al Oso. ¿Queréis venir un momento?

—¿Para qué? —gruñó el Oso, que parecía estar mal humorado.

—Deseamos que usted y el Tigre luchen a la cuerda para ver cuál de los dos es más fuerte —dijo el Conejo— mostrándole la cuerda que sostenía.

¡Mil estrellas —contestó el Oso con acento de rabia— ¿No sabes que no me trato con el Tigre? ¿Te figuras que voy a interrumpir mi paseo matutino para luchar a la cuerda a fin de complacerte?

El Tigre no dijo nada. Se limitó a enseñar los dientes al Conejo, quien echó a correr metiéndose en su madriguera con la velocidad de un rayo. No tenía ningún deseo de discutir con el Tigre. El Zorro se echó a reír:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, nunca te he visto correr como hoy, amigo Conejo. Ya esperaba que no los conseguirías hacer luchar. Lo que pasa es que te imaginas ser más listo de lo que eres, te figuras que todo el mundo hará lo que tú pidas. ¡JA! ¡JA! ¡JA! Eres un Conejo imbécil!

—¡Cállate! —contestó el Conejo— hemos hecho una tontería disputando acerca de quién es más fuerte, si el Tigre o el Oso, pero de todos modos, yo creo que el Tigre te lleva ventaja al Oso y te apuesto cualquier cosa a que los haré luchar a la cuerda para saber cuál es más fuerte.

—¿Así, crees que lo conseguirás?—replicó el Zorro— ¿Te acuerdas de aquel pañuelo azul que tanto te gusta? Te lo daré si consigues hacer que los



dos luchen a la cuerda. Y si tú pierdes, puedes darme una buena comida, —dirigiéndole una mirada tan hambrienta, que el Conejo se echó a temblar.

Luego el Zorro se marchó, y el Conejo se dió a buscar el medio de conseguir su apuesta. Acababa de ocurrírsele una idea. A última hora de la tarde cogió su caña de pescar y echó a andar silbando alegremente; así pasó por la casa del Oso.



¡Eh, Conejo!, gritó el Oso, ¿Vas a pescar? ¿No quieres que te acompañe?

—¡Oh, no! —contestó el Conejo—

Asustaría Ud. a los peces señor Oso, pero si quiere algún pescado, le daré todos los que desee. Conozco un lugar estupendo donde se hacen pescas maravillosas. Cogeré por centenares. Pero como no sé hacer el camino cargado de pescados haremos una cosa que acaba de ocurrírseme: ¿Ve Ud. esa cuerda? Pues bien, tome un cabo y yo llevaré otro hasta el río, cuando yo tenga una carga de pescados la ataré al extremo de la cuerda y daré tres tirones para que Ud. sepa que ya puede tirar del cesto.

—¡Magnífico! —replicó el Oso—, de este modo ni tú ni yo tendremos que hacer un largo recorrido. Espera un poco y te daré la cesta para que pongas el pescado, amigo Conejo.

Y fué en busca de un enorme cesto y dentro puso un pote de miel.

—Vale más que le ate la cuerda a la cintura, porque a lo mejor estará dormido cuando llame —dijo el Conejo.

El Oso se ató la cuerda en torno del cuerpo y luego el Conejo empezó a bajar por la vertiente de la colina llevando el otro extremo de la soga.

Escondió la caña de pescar y se acercó a la casa del Tigre silbando lo más fuerte que pudo.

—¿Adónde vas a esta hora de la tarde? —preguntó el Tigre.

—A cazar perdices. He descubierto un nuevo modo de cazarlas. En la cumbre de la colina hay varios nidos y estoy seguro que antes que llegue la mañana ya tendré muchas hermosas perdices en mis trampas.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó el Tigre, con el mayor interés.

—¡Oh, no! —Contestó el Conejo—, las asustaría señor Tigre, pero si quiere haremos una cosa, como me irán a sobrar muchas le regalaré a Ud. varias, pero como no quisiera bajar hasta aquí cargado, voy a decirle a Ud. lo que haremos; acabo de tener una buena idea. Mire, coja el extremo de esta cuerda y yo me encargaré del otro, cuando haya cogido las perdices ataré

(Pasa a la Pág. 12)

E L L A N E R O

Confinado en medio de interminables y desoladas llanuras, dominio de bestias salvajes y reptiles ponzoñosos, el llanero ha tenido que combatir toda la vida. Cuando no le amenazan la mortífera serpiente o el manchado jaguar, la brusca irrupción de vastas inundaciones cubre las sabanas barriendo los rebaños y los frágiles ranchos. A pesar de tan insegura existencia, el batallar constante entre la vida y la muerte, entre la ruda inteligencia y las fuerzas vírgenes de la naturaleza, ejerce sobre él una especie de fascinación, poco comprendida por pueblos poseedores de las bendiciones de la civilización, pero, sin la que ellos no podrían vivir, si privados de sus caballos, fueran a habitar en la región montañosa del Norte, lejos de sus idolatradas llanuras. El llanero gasta su vida a caballo, y éste le acompaña en todas sus acciones y actividades. Nada más noble para él que recorrer las llanuras sin límites, echado sobre su ardiente corcel dominando los toros salvajes. Como el árabe, el llanero ve en su caballo, el mejor y más fiel de los amigos sobre la tierra, pudiendo privarse de alimento y descanso después de un rudo día de trabajo, para buscar agua y comida a su inseparable compañero. Así, no es de extrañar que el poeta, que vive más o menos en cada uno de los llaneros, exclame:



Mi mujer y mi caballo
se me murieron a un tiempo;
que mujer ni que demonio,
mi caballo es lo que siento!

Quando el joven llanero es ya lo suficientemente fuerte y crecido para enfrentarse a las indómitas reses, se le lleva a la majada y se le monta sobre un fiero torete, de cara hacia el rabo que le sirve de brida. con las pequeñas piernas al cuello del animal que corre y gira dando furiosos saltos, y dura en esta extraña suerte de torbellino agarrado con firmeza junto a la amenaza de los cuernos agudos, hasta que torciéndole hábilmente el rabo, mientras salta hacia atrás, derriba a su adversario. Ya más fuerte y desarrollado, se le confía la peligrosa tarea de domar un potro salvaje, en cuyo ejercicio más de un muchacho queda estropeado, aunque cuente con los aparejos necesarios para esta terrible lucha contra el animal. Firmemente montado sobre el lomo y con un flexible chaparro en las manos, el aprendiz inicia su nuevo oficio y no se baja hasta que la bestia no quede perfectamente dominada.

La soga de su implacable instructor, sería el seguro mal que podría sobrevenirle si pensara en librarse de los desesperados saltos y corcovos del caballo.

Después de esto, empieza lo que podríase llamar la vida pública del llanero. Está terminada su educación, y a partir de ese momento, toda su ambición consiste en rivalizar con sus compañeros en fuerza física y ante ellos luce sus indomables facultades, cuando armado con el certero lazo, persigue los animales cerriles; y cuando el toro o el caballo intentan escapar devorando veloces, la llanura, lárgales el lazo, para lo que siempre está listo el jinete, atrapándolos sin duda alguna, para luego conducirlos al corral. Cuando, por la impetuosa carrera del animal, la soga yerra su tiro, echa mano por la cola a la bestia y girando y corriendo, bruscamente lo trae hacia sí y lo derriba en el acto.

Estos ejercicios comunican al llanero el sentimiento de las más completa seguridad y resistencia, que tan famoso lo han hecho.

Después del caballo, el aprecio del llanero es para las armas, sobre todo la lanza, por la superioridad que le prestan sobre sus compañeros, hasta el punto de considerarse desgraciado si no las tiene, y en su esfuerzo por adquirirlas, no vacila en arriesgar la vida.

Siendo por naturaleza supersticiosos, los llaneros creen aumentar la eficacia de sus armas, decorándolas con símbolos religiosos y cabalísticos como cruces, estrellas, anclas. Tienen también ellos gran fe en ciertas oraciones, que creen dotadas del poder de espantar al diablo, de curar enfermedades y de prevenir toda suerte de males.

En sus tertulias nocturnas no faltan nunca las historias de aparecidos y espantos, guardianes de ocultos tesoros. Un viejo llanero, que estuvo a punto de perecer bajo la acción de una fiebre tremenda, contaba así, a unos amigos que le felicitaban por su curación, sus terribles visiones: "Yo siempre había creído que la muerte era un horrible esqueleto que andaba por el mundo asechando a sus víctimas

(Pasa a la Pág. 14)

LA APUESTA DE TIO CONEJO

(Viene de la Pág. 9)

unas cuantas y luego daré tres tirones a la cuerda con objeto de que Ud. pueda tirar de ella y arrastrarlas hasta su casa.

—Esta es una buena idea —contestó el Tigre— pero como voy a acostarme temprano me ataré la cuerda en torno de la cintura por si acaso das los tirones mientras duerma, así me despertaré y empezaré a tirar.

—Daré el aviso a la salida del sol —dijo el Conejo— en aquella hora es cuando más eficacia tienen mis trampas para coger perdices. Bueno, adiós, señor Tigre.

A duras penas empezó a subir por la pendiente cuando se encontró con la señora Perdiz a quien encargó que vigilase la cuerda para que nadie la tocara. Luego recogió la caña de pescar y el cesto del Oso con el pote de miel y se marchó a su casa alegre a más no poder. Un poco antes de la salida del sol fué a llamar a la puerta del Zorro. Eh! amigo Zorro —gritó— ven a presenciar la lucha de la cuerda del Oso y el Tigre.

—Ve a mentir a otra parte— gritó el Zorro enojado.

No miento —replicó el Conejo— levántate porque ya está todo dispuesto y no te olvides del pañuelo azul, porque pronto será mío.

—¿Recuerdas lo que habrás de darme si no hay lucha a la cuerda? Preguntó al Conejo al momento de salir de la casa. Pero no te creo, porque estoy persuadido de que nadie sería capaz de obligar al Tigre y al Oso a levantarse a esta hora para luchar a la cuerda y te advierto que si te burlas de mí, te arrepentirás.

—Ven y lo verás —contestó el Conejo impaciente—. Les he dicho a los dos que antes de salir el sol daré tres tirones a la cuerda y que entonces han de empezar a tirar de ella. El Oso se halla en la cima de la colina y el Tigre al pie de ella. Date prisa porque si no llegaremos tarde.

El Conejo llevó al Zorro al lugar en que la señora Perdiz vigilaba que era la mitad de la cuerda. Esta aparecía floja en el suelo porque ninguno de los dos se había despertado. El Conejo dió tres tirones en cada dirección y en el acto se despertaron; cada uno de ellos salió a la puerta de su casa y empezaron a tirar de la cuerda. El Zorro podía verlos a los dos desde el lugar donde se hallaba y se quedó asombrado a más no poder. Entre el Tigre y el Oso pusieron la cuerda tirante y sin saberlo luchaban uno contra otro. Ambos eran fuertes y de vigor tan semejante que ninguno de ellos fué capaz de hacer dar al otro un solo paso.

—¡Caray! ¡Qué gordas deben de estar las perdices!; —murmuró el Tigre, enardecido por la resistencia.

¡Mil estrellas! —gruñó el Oso— ¡Pues no pesa poco el cesto de pescado que el Conejo ha atado al otro extremo de la cuerda!

El Conejo, el Zorro y la señora Perdiz presenciaban la escena con el mayor interés. De pronto tanto el Oso como el Tigre, entusiasmados por la esperanza de regodearse uno con los pescados y el otro con las perdices, empezaron a avanzar, sin dejar de tirar de la cuerda con la idea de recoger su respectivo botín. Como se comprende, se encontraron, y al ver que ambos no habían hecho más que luchar a la cuerda, se pusieron furiosos porque ninguno quería darse por vencido.

—¿Qué has hecho de mi pescado? —Gritó el Oso l'eno de cólera.

—Y tú, ¿qué has hecho de mis perdices? —Chilló furioso el Tigre.

Ninguno de los dos se fijó en el Conejo, en el Zorro y en la Perdiz, que se morían de risa. De repente ambos soltaron la cuerda y se arrojaron uno contra otro dándose una fuerte paliza. Al fin, cuando ya estaban fatigados, comprendieron la pesada broma de que el Conejo les hiciera víctimas, pero ya éste se había alejado.

Cuando el Zorro volvió a ver al Conejo pudo mirar que, muy satisfecho, llevaba en el cuello el pañuelo azul.

—¡Hola, amigo Zorro!, —le gritó el Conejo— ¿Qué te parece mi corbata?

LA LOMBRIZ DE TIERRA

(Viene de la Pág. 7)

la disposición de las capas del terreno. Como mezcla perfectamente la tierra y los restos orgánicos, apresura el proceso de humificación natural de los suelos mejorando notablemente sus aptitudes para el cultivo.

Las lombrices pueden trasladar a la superficie del terreno el germen de enfermedades infecciosas: *muermo*, *carbunco*, etc., procedentes de los cadáveres de animales que hayan sido enterrados víctimas de esas enfermedades, pero este perjuicio se evita destruyendo por el fuego o cremación, los restos de dichos animales.

(Viene de la Pág. 11)

con un gancho o *bichero* con el que nos cogía como si fuéramos pescados. No es así, se los aseguro; les digo que la muerte no es otra cosa que la falta de resuello". Diciendo esto, el buen hombre se apretaba las narices con los dedos y luego reía a carcajadas. Como consecuencia natural de semejantes creencias, y a pesar de su valentía y sangre fría, tienen un miedo pánico a los espantos y fantasmas. Una de sus más populares alucinaciones, es *la bola de fuego* o *la luz del Tirano Aguirre*, como ellos llaman a una especie de fuego fatuo producido por la descomposición de las materias orgánicas en el fondo de los pantanos. Las imaginaciones supersticiosas, ignorantes del fenómeno, han transformado esas gaseosas exhalaciones en el alma del famoso Lope de Aguirre errando por las sabanas.

Siempre llevan los llaneros en los labios el nombre de los santos, sobre cuyos milagros e intercesiones creen las cosas más curiosas; teniendo un patrón para cada uno de los sucesos de la vida: San Pablo, como San Patricio, son abogados contra las culebras y animales ponzoñosos; San Antonio es infalible en hacer que los objetos perdidos o robados retornen a sus dueños, y así, muchos otros; habiendo patronos hasta para proteger a los salteadores de camino contra la acción de la Justicia y contra la muerte violenta.



LOS NIÑOS COLABORAN



GARZA.—Por María Tomasa Paíma.—Val e de Zárate, Aragua.



ARRIERO.—Por Cayetano Gutiérrez.—Escue'a Federal Rural N° 1.001.—La Luz, Aroa, Estado Yaracuy.



ARDITA.—Por Carmen Teresa Delgado.—(7 años).—Duaca, Edo. Lara.



CAMPESINO.—Por José E. Simancas.—El Boquerón, Estado Trujillo.



LA CARRETERA DE CAPAYA.—Por Dora Padrón.—Capaya, Estado Miranda.



PAISAJE.—Por Alfredo León Domínguez.—(9 años).—Caracas.

LA CABEZA ALQUILADA

(Viene de la Pág. 5)

Carlos.—Que te lo diga él; aquí llega. Hola, Edmundo!

Edmundo.—(Por derecha). Buenos días.

Federico.—Buenos días, querido Edmundo.

Carlos.—Traes el dinero?

Edmundo.—Discúlpame, pero esta semana...

Carlos.—Qué ocurre esta semana?

Federico.—Ay, Carlos, veo que se arruina tu negocio.

Edmundo.—Esta semana yo también tengo que presentarte una factura.

Carlos.—Ah, sí! y de qué?

Edmundo.—(Entregándosela). Entérate.

Carlos.—(Leyendo). Don Carlos Márquez debe al señor Edmundo Valenzuela, por un sombrero para la cabeza que le alquila: treinta bolívares; por servicios de peluquería, durante cuatro semanas: veinte bolívares; por una consulta al oculista: veinte bolívares; por un diente de oro: cincuenta bolívares. Total: ciento veinte bolívares.

Federico.—Juá! Juá! Juá! Se acabó el negocio.

Carlos.—Sí, sí, confieso que negocios de esta clase no me convienen.

Líquido y cierro!

Edmundo.—Pero antes, págame lo que me debes.

Carlos.—Toma los ciento veinte bolívares. Y toma también estos
• ochenta. Así te devuelvo todo lo que me pagaste por el alquiler de tu cabeza.

Edmundo.—Ah, gracias! Cómo podré demostrarte mi agradecimiento?

Carlos.—No haciendo apuestas.

Edmundo.—Te lo prometo.

Federico.—Discúlpame, pero no te creo capaz de cumplir esa promesa.

Edmundo.—Estoy dispuesto a jurarlo.

Carlos.—No lo jures porque no podrás cumplir tu juramento.

Edmundo.—Por qué no he de poder?

Carlos y Federico.—Porque no tienes vountad.

Edmundo.—Qué no voy a tener!

Carlos y Federico.—Qué apuestas?

Edmundo.—Apuesto la cabeza! (Carlos y Federico se abrazan riendo como locos, mientras Edmundo se retira avergonzado).



FLORA VENEZOLANA

E L T O T U M O

(CRESCENCIA CUGETE)

Pertenece a la familia de las soláneas y abunda mucho en el país en casi todas las regiones a alturas no mayores de 1.000 metros sobre el nivel del mar. Produce el totumo frutos de diversos tamaños, generalmente redondos u ovalados. De ellos se sirven los campesinos y los indígenas para formar vasijas de toda especie: platos, cucharas y muchos otros utensilios.



AVES DE NUESTROS BOSQUES

E L L O R O

(PSITTACUS)

El color de estas aves es generalmente de un verde hermoso, con pintas amarillas o coloradas en el tronco de las alas y en la cabeza. La cola y el resto de las alas tienen plumas manchadas de amarillo, colorado y azul. Se domestica fácilmente y aprende a hablar. Los loros van en bandadas y cuando caen en un campo de maíz, lo destrozan. La cotorra es de tamaño menor, pero habla mucho más; tiene el pico blanco y el color verde más claro. Los loros de Río Negro son más grandes, de un color verde amarillento y más torpes para hablar.